



efecto, la idea inconsciente toma cuerpo en un discurso o en un organismo y adquiere dominio sobre el cuerpo. No otra cosa fue la resolución del enigma de la histeria, sino el establecimiento de un orden de causas que corresponde a una entidad que no es "imaginaria", ficticia o producto de la simulación, sino una entidad que paradójicamente, a pesar de la definición médica y "objetiva" que de ella había dado Charcot, no se dejaba explicar por el factor orgánico.

Si entendemos las cosas así, el "Proyecto de una psicología para neurólogos" no sería entonces la expresión de una añoranza positivista exangüe (véase pág. 27), sino una cabal obra psicoanalítica. Y en verdad, es posible demostrar cuáles son los problemas analíticos que animan y determinan sus temas y la exposición de éstos.

En consecuencia, no es Freud sino Javier Jaramillo quien se libera paulatinamente de las apariencias del lenguaje biológico. Si bien éste es un efecto positivo de su argumentación, por otra parte nos deja creyendo que el pensamiento freudiano, al igual que el pensamiento psicológico, estuvo durante mucho tiempo enredado en la dualidad del alma y el cuerpo. Para ser más exactos distinguiríamos, por un lado, la problemática del objeto psicoanalítico, y por otro, el lenguaje en el que se refleja dicho saber o los ideales conscientemente profesados por Freud de alcanzar un fundamento biológico. Lo que nos muestra Jaramillo es cómo dicho lenguaje, que no podía ser sino el vigente en aquella época, es socavado intermitentemente, pero sin advertir que el agente de la subversión es una nueva problemática. Es decir, el paso

esencial estaba dado desde un comienzo, y no fue dado al final, como él deja suponer.

Otra dimensión importante de la reflexión de Jaramillo, es su referencia a Lacan; que se hace sentir desde el título. El primero considera que es desde la óptica de la cultura como el segundo adelanta su trabajo, y también parece adoptar la misma óptica para su ensayo al tratar de mostrar que el freudismo o el kleinismo pueden ser compatibles con ella. Sin embargo, a nuestro entender, su articulación no puede hacerse de manera tan armoniosa. Lacan piensa más bien en una oposición ternaria (alma, cuerpo e inconsciente) que en la simple dualidad cartesiana. En "televisión" decía que el sujeto del inconsciente no toca o afecta al alma sino a través del cuerpo, y a condición de introducir en éste el pensamiento. Lo que nos indica que Lacan piensa el alma de manera aristotélica, como esa forma que da unidad al cuerpo o al individuo, forma que sigue estudiando la psicología, pero que no es identificable con el inconsciente. Por tanto, el sujeto del inconsciente es descentración tanto de lo biológico como de lo psicológico.

En este orden de ideas, la propuesta de Javier Jaramillo, en el sentido de interpretar que la concepción lacaniana del psiquismo plantearía como fundamental lo adquirido a través de la cultura y la familia, parece más bien retornar a una concepción psicológica donde lo fundamental sería lo vivido en la interacción entre los individuos (véase pág. 61), o la relación con el mundo exterior. En otras palabras, se quiere reducir la estructura de un proceso de humanización a la organización familiar, que al parecer se entiende fundamentalmente dentro del esquema (este sí muy biológico) de la relación individuo-medio.

Como se ve entonces, *La descentración biológica del sujeto* toca uno de esos temas que, como la obra misma lo advierte, han permanecido siempre vivos y despertando polémicas. Creemos que es un mérito de Javier Jaramillo atizar estas discusiones, pues la reevaluación moderna de aquellos tal vez nos lleve a descu-

brir que ya no son los mismos, en tanto empiezan a repercutir de manera distinta en nuestro saber.

MAURICIO FERNANDEZ ARCILA

Las figuras de la fauna

El animal en el mundo mítico tairona

Anne Legast

Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, núm. 33, Bogotá, 1987.

Desde hace varios años la bióloga Anne Legast ha venido explorando el universo faunístico de las culturas prehispánicas colombianas. Su enfoque ha sido el de la identificación taxonómica de la fauna representada en artefactos de oro, tumbaga, roca, hueso, concha y rara vez madera. El primer libro que la autora publicó fue *La fauna en la orfebrería sinú*. Este segundo que nos ofrece, seguramente no será el último dentro de ese macroproyecto de clasificar las representaciones faunísticas que conforman la colección del Museo del Oro. Su trabajo se caracteriza por una selección de "culturas arqueológicas" que corresponde a zonas geográficas dentro de las cuales se han encasillado elementos culturales arbitrariamente. Por lo general, éstos carecen de sentido temporal pero, dado el escaso conocimiento arqueológico que se tiene, ello ha permitido que los lotes de piezas coleccionadas por los museos puedan clasificarse dentro de determinadas zonas "culturales", pasando por alto la variación regional. Se cae nuevamente en un planteamiento de homogeneidad cultural falso. Esto se debe a que las colecciones de los museos, casi en su totalidad, no han sido excavadas por los arqueólogos sino por los gaaqueiros, quienes han vendido estas piezas a intermediarios, perdiéndose así la información de procedencia y, por lo tanto, del contexto del hallazgo. De ahí que los intentos de extraer información sobre "la cultura" de los

fabricantes a partir de las maravillosas y atípicas piezas de los museos arqueológicos, es una labor titánica e ingrata. Más aún si no se recurre a la comparación de dicho material con el obtenido mediante excavaciones científicas realizadas en la zona de estudio; ésta, es quizás la principal falla del trabajo de Legast. Ella partió del supuesto de una sincronía del material en un área homogénea que los arqueólogos no han definido espacialmente y que escasamente se conoce desde el punto de vista temporal. Habría sido útil a la autora examinar los resultados de Alden Mason (1931, 1936, 1939), quien ilustra grandes lotes de piezas excavadas sistemáticamente y con una procedencia de fiar, al igual que los trabajos de G. Reichel-Dolmatoff (1954).

La autora les dio mayor importancia a los datos del registro de compras en donde la importación suministrada por los vendedores de piezas (aclárese: intermediarios) desconocen la procedencia del material. Para corregir ese problema de la "información" de los intermediarios, cabe recurrir a la fuente primaria: el guaquero. Santa Marta es una de las ciudades del país con mayor número de personas dedicadas a la actividad de la guaquería y donde algunos son especialistas en ciertas regiones o valles, por lo cual llegan a ser excelentes informantes sobre la distribución espacial de ciertos tipos de piezas. Al considerar la mitología cogui y las reglas de parentesco descritas por Reichel-Dolmatoff (1985), es claro que los tuxes y daxes (especie de clanes femeninos y masculinos) tienen como personaje totémico un animal, y que existe una relación entre éste y una zona geográfica de origen o procedencia. Por supuesto que la distribución geográfica descrita por Reichel no es la misma que la del pasado prehispánico, pero nos ilustra sobre el sentido simbólico y espacial que la fauna mítica pueda tener en cualquier tiempo. Por esa razón es importante llegar a definir la distribución espacial de esos artefactos faunísticos. En el segundo capítulo, la autora establece tres tipos de representaciones en los artefactos, que son:

— Animales pertenecientes a una sola clase: mamíferos, aves, reptiles, anfibios, peces y moluscos.

— Animales de clases diferentes relacionados entre sí: mamíferos y reptiles, mamíferos y aves, aves y reptiles, etc.

— Relaciones entre el ser humano y animales: hombre mamífero, hombre ave, etc.

Posteriormente, la autora examina el comportamiento porcentual de estos tipos de representaciones con respecto al material en que fueron elaborados. De esta manera llega a interesantes conclusiones que pueden ser válidas para los artefactos que no están sujetos a problemas de conservación, como la concha, el hueso y la madera. Por eso la conclusión de que la mayor parte del material de concha y hueso (62%) representa anfibios, puede ser perfectamente válida para el litoral, que es la zona donde mejor se conservan dichos materiales, por ser suelos básicos y secos. Por el contrario, en la parte alta de la sierra este material no se preserva, a causa de la acidez de los suelos. En consecuencia, se ignora cuáles son las representaciones dominantes de esta área. Por otra parte, la autora no establece la relación existente entre la función del artefacto y la representación faunística.

El tercer capítulo es en sí el más útil de su estudio, pues en él describe detalladamente los tipos de representaciones anteriormente mencionadas, entrando a identificar en familias y géneros las representaciones de la fauna. Después la autora cita largos textos de los mitos compilados por Reichel (1985) sobre los coguis, como recurso para explicar el significado que tiene el respectivo animal hoy día, sin trascender la transcripción del texto. Los coguis son descendientes de los cacicazgos que poblaron la vertiente norte de la Sierra Nevada de Santa Marta. Pero no se puede partir de una supuesta atemporalidad del mito cuando ha ocurrido un cambio en el tiempo como consecuencia de la conquista española, la evangelización, el descenso demográfico, la transformación de las reglas de parentesco, etc., variables que actúan sobre la estructura de los mitos. Como bien observa la autora, el murciélago repre-

sentado en los artefactos, cumplía un papel importante en el pasado, mientras que entre los coguis esta figura desempeña un papel secundario. Esta diferencia muestra lo relativo del problema, a causa del cambio cultural normal que ocurre en cualquier sociedad.

Intentos de relacionar los artefactos arqueológicos con las tradiciones de los coguis habían sido previamente realizados en la Sierra Nevada. Tal vez el primero fue el de Theodor Preuss en su artículo publicado en Berlín (1932) intitulado "Vorlage ei niger Goldsachen aus Kolumbien" ("Muestra de algunos objetos de oro en Colombia"). Este interesante trabajo, al igual que los mitos compilados por Preuss en su principal obra, así como las observaciones de las máscaras, escaparon a la autora del libro que aquí se reseña. Las dificultades que hubo de afrontar Anne Legast fueron las de estudiar un material cultural carente de contexto, como el que está depositado en el Museo del Oro, y de no contar con trabajos arqueológicos que facilitaran su labor. De manera que su aporte es la identificación taxonómica de los animales representados en los artefactos dentro de la tradicional clasificación linneana, la cual es tan arbitraria como la empleada por los indígenas, y que la autora no logra definir. Un claro ejemplo de lo que implican los esquemas de clasificación dentro de la cosmovisión indígena la da el profesor G. Reichel-Dolmatoff. De ahí que la identificación



taxonómica de la fauna representada en las piezas prehispánicas sea muy relativa y sugestiva cuando se desconocen los sistemas de clasificación empleados por las comunidades indígenas existentes, y más aún cuando desconocemos las desaparecidas.

AUGUSTO OYUELA CAICEDO

Nuestra tradición

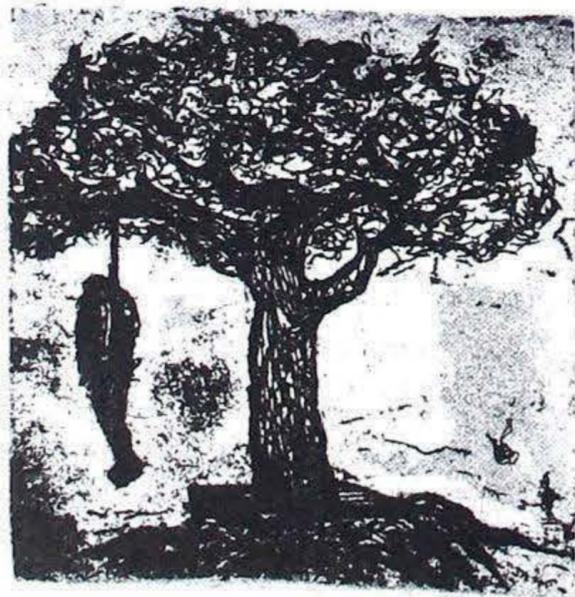
Las fiestas y el folclor en Colombia

Javier Ocampo López.

El Ancora Editores, Bogotá, 1985.

En un país como el nuestro, donde los científicos sociales poco o nada se han preocupado por la cultura popular, considerando que es tarea de segunda clase, que debe ser dejada a folclorólogos, es ya un hecho importante que un historiador de la trayectoria de Javier Ocampo se ocupe de la fiesta y las tradiciones populares.

En el capítulo primero, referido a la teoría del folclor, se analizan distintas posiciones relacionadas con lo que se ha dado en llamar la "ciencia del saber popular", posiciones éstas coincidentes en su mayoría, pero que dejan de lado un aspecto importante de la cultura popular: ésta no sólo puede definirse por un conjunto de rasgos específicos sino por oposición a la cultura dominante.



No cabe hablar de "cultura popular" sino en el contexto de sociedades estratificadas o sociedades de clases que establecen categorías contrastantes entre el arte sofisticado, o falsamente refinado, y las manifestaciones populares. En Colombia, desde la conquista se estableció la existencia de dos categorías antagónicas e irreconciliables: una cultura "blanca", "cultura", sofisticada, de salón y europeizante, patrimonio de la "elite", y una cultura popular oprimida, subvalorada, despreciada, sofocada, patrimonio de los indios, los negros y los mestizos.

Después de un profundo y prolongado contacto con los creadores populares, no estoy ya tan de acuerdo con algunos de los rasgos específicos que se atribuyen sin discusión a las manifestaciones populares: espontaneidad y anonimato, por ejemplo. Si bien es cierto que los orígenes se pierden en el tiempo, una tradición vigente, para que siga existiendo, necesita de la presencia de creadores; estos creadores reciben algunos patrones pre-establecidos pero aportan a su vez elementos que refuerzan la transmisión de esa tradición. Tradicionalidad no quiere decir todo aquello que está relegado a un pasado fosilizado y que constituye, por lo tanto, sólo una supervivencia. La cultura tradicional no es estática; está siempre emergiendo, desapareciendo y reapareciendo. Tradición no significa, en manera alguna, la repetición de secuencias idénticas en períodos diferentes. La cultura popular no es siempre anónima y producto de la creación colectiva, como generalmente se la ha estereotipado. En la cultura popular existen los especialistas y creadores de fama y prestigio; sólo que la mayoría de las veces este prestigio no trasciende los límites locales, porque únicamente la cultura dominante tiene sus canales de transmisión institucionalizados; tiene a su disposición los medios de comunicación hablados, escritos, visuales; tiene historiadores, ensayistas y críticos; tiene sus escenarios (teatros, salas de concierto, auditorios). Lo colectivo en lo popular hace referencia a que el artista es un poseedor de cualidades especiales entre otras muchas personas que hacen y repiten lo mismo que él porque lo

aprendieron por transmisión oral y mecanismos informales. Pero este aprendizaje, a pesar de no ser institucionalizado, no es tan espontáneo como a simple vista parece. Creo que hace falta profundizar un poco en el estudio de los mecanismos de transmisión. Un intérprete de marimba del Pacífico, por ejemplo, pasa más años de aprendizaje que un músico de conservatorio, y para llegar a ser un músico completo debe, además de saber tocar y fabricar los instrumentos, aprender a dominar los espíritus dueños de la marimba. Don José Torres es un músico muy conocido en Guapi (Cauca), cuya casa es no sólo fábrica de instrumentos sino conservatorio de música tradicional. Si los medios de comunicación divulgaran con la misma intensidad el trabajo del artista popular, don José debería ser tan conocido como Rafael Puyana. Creo que ya Lévi-Strauss y otros etnólogos han demostrado la complejidad y capacidad de abstracción del pensamiento de "nuestros contemporáneos primitivos", para seguir pensando que es prelógico todo aquello que no se ajuste a la lógica aristotélica.

Dejando de lado mis observaciones a la introducción teórica, de ahí en adelante Javier Ocampo hace un aporte importante en cada uno de los capítulos.

A pesar de que la fiesta, como lo afirma Ocampo, refleja el sistema social y la cultura popular de una sociedad, no ha sido suficientemente estudiada entre nosotros. La fiesta popular colectiva en Colombia tiene orígenes muy diversos. Las festividades religiosas católicas traídas por los españoles, y que tenían su origen en arcaicos ritos precristianos del viejo mundo, se mezclaron con ceremoniales aborígenes prehispánicos y ritos seculares africanos. Las fiestas populares han desempeñado un papel muy importante en la conservación de la tradición, pues si tuvieron origen remoto en ritos religiosos o se desarrollaron vinculadas a ellos (situación que en algunos casos, como en los mencionados en el capítulo "Las fiestas y el folclor religioso", persiste hasta el presente), ciertas formas festivas son una verdadera parodia del culto religioso, son decididamente